

no se acierta con el verdadero método de formar el carácter, que es la dirección sabia y prudente de la libertad. Porque, hermanos carísimos, el carácter no se imprime con la presión como el sello de la moneda, como la inscripción sobre el bronce; el carácter es obra de la razón ilustrada y de la libre voluntad bien dirigida. El carácter no se impone, es lo más personal que puede concebirse, es la espontaneidad del ser moral. De otro modo sería careta postiza, no fisonomía genuina del individuo. Lejos de contribuir á formarlos, la presión lo destruye falseándolo, porque es necesario enderezar, no torcer; pulir, no gastar; edificar, no destruir. El carácter, aunque basado en principios fijos, invariables en sí mismos, varía hasta lo infinito, como los individuos de la especie humana. Y aunque lleva en su concepto la nota de la fortaleza, no por eso se crea que excluye aquella suavidad, tan distinta de la debilidad, que consiste en mover con eficacia, pero sin dureza, ganando á los hombres por el corazón. Éste es el tipo de los más bellos caracteres, como el de aquel celeberrimo maestro de espíritu, el dulcísimo San Francisco de Sales; y su fórmula, recogida cual precioso legado por la benemérita Sociedad Salesiana, obra de otro carácter semejante, Don Juan Bosco, se compendia en las palabras siguientes: «Todo por amor, nada por fuerza.» ¡Gran lección pedagógica que debieran recoger y aplicar todos los padres de familia! Esa sola fórmula vale por un tratado de pedagogía.

## II.

7. Conste, pues, que la libertad humana, aun en el niño, es un derecho sagrado que la misma autoridad paterna debe respetar, y un resorte de primera fuerza que debe aprovechar la educación. Mas no se crea, sin embargo, que este derecho se extiende tanto en el niño y aun en el adolescente, como en el hombre ya formado y

en pleno goce de sus facultades intelectuales y morales. Y la razón se encuentra en esa misma diferencia de condiciones individuales. El hombre puede ver por sí solo las razones de las cosas, sin otro riesgo de engañarse que el inherente á la debilidad humana; puede, por lo tanto, moverse libremente y obrar por propio impulso. El niño todavía á media luz, atadas aún las manos y los pies por inexperiencia de la vida, necesita del auxilio de otras luces, del apoyo de otra mano que lo conduzca, que lo aparte del precipicio y lo detenga á veces al borde del abismo. He ahí porque debe coartarse al niño, y aun al joven, en muchos casos, el ejercicio de su libertad. He ahí por qué la Providencia, que vela por la conservación y la felicidad de sus criaturas, ha establecido la patria potestad, y, en defecto de ésta, otros poderes que sepan reemplazarla. No puede abandonarse al niño á merced de su albedrío. Sería una crueldad criminal dejarle la libertad de perecer. . . . ¡Y ésa es, no obstante, la crueldad de ciertos padres! No comprendiendo los verdaderos intereses de sus hijos, ó no calculando la trascendencia de ciertos hábitos prematuros que nada tienen de virtuosos, aunque en los niños los excuse la falta de malicia, permítenles hacer cuanto les dicta el capricho, dejándolos entregados al ciego impulso de natural veleidad. Ellos se figuran que con la edad se corregirán por sí mismos, pero ¡cuánto se engañan! «¿Qué hacéis, ¡oh padres! con disimular sus defectos?» exclama un orador sagrado: «no hacéis más que dar pábulo á un fuego que se enciende, formar corazones que, acostumbrados á vivir bajo el imperio de sus pasiones todavía débiles, las verán fortificarse con la edad hasta llegar á tal punto de malicia que nada pueda contenerles.» Deberían reflexionar seriamente todos los padres y mentores de la niñez en el peligro inminente y seguro á que expone á los niños el exceso de libertad. Cierto que en ninguna otra edad corre el hombre tanto riesgo de perderse. Y se perderá

infaliblemente si la autoridad, que le sirve de salvaguardia, no previene los peligros coartándole prudentemente la libertad de ver, oír y discurrir por dondequiera. La libertad, se ha dicho hablando de la libertad política, es para los pueblos adultos que saben gobernarse. La tierna edad necesita de tutores, no puede emanciparse.

8. Éste es el lugar de llamar la atención de los padres de familia sobre la necesidad, y por consiguiente, el deber de vigilar á sus hijos cuidadosamente. Si todo hombre debe vigilar sobre sí mismo para no caer en tentación, el que lleva sobre su conciencia la responsabilidad de otras almas, ¿cómo no redoblará su vigilancia? Mas ¡ay! ¡qué pocos son los padres vigilantes! ¡qué poco escrupulosos se muestran en este particular! Y sin embargo, la vigilancia de los jefes de familia debe extenderse no sólo á todas las acciones, sino á las inclinaciones que empiezan á manifestarse, á las palabras y, si es posible, á los pensamientos é íntimos deseos. De todo tienen que imponerse los padres para poder dirigir ó corregir, esto es, para educar á su prole. ¡Con qué cuidado no se examina la calidad del terreno en que se va á depositar el grano, la clase de frutos para que es más apropiado, las buenas ó malas condiciones que le rodean á fin de aprovechar las unas y ver de remediar las otras! La vigilancia paterna tiene por objeto alejar del niño todo cuanto pudiera perjudicarlo moralmente, como serían las ocasiones de incurrir en ciertas faltas, de contraer ciertos defectos tal vez irremediables, de adquirir ciertos conocimientos fatales á la inocencia y sólo buenos para corromper el corazón. Nada tan funesto como conocer el mal en una edad en que el hombre no sabe defenderse de sus atractivos, que es lo mismo que conocerlo cuanto basta para amarlo, no cuanto fuera menester para aborrecerlo y preservarse de su venenoso contagio. Por eso es tan lamentable en los niños la pérdida prematura de la inocencia, acompañada de aquella malicia

que, como á nuestros primeros padres, les hace abrir los ojos á ciertos misterios de corrupción, antes que puedan comprender el daño inmenso que acarrea el desorden. Difícil, casi imposible parece conservar el día de hoy la inocencia del corazón de los niños, atendida la libertad escandalosa introducida en las públicas costumbres: algo, no obstante, acaso mucho podría conseguir en este punto una vigilancia más asidua, más severa de parte de los padres, ayudada, eso sí, de la piedad cristiana fomentada con el uso de las prácticas religiosas y la frecuencia de los sacramentos. Pero ¿cuántos son los padres que dan la importancia debida á estos medios de educación?

### III.

9. Señalemos ahora, carísimos hermanos, algunas aplicaciones más necesarias de la vigilancia de los padres sobre la conducta de sus hijos. Y sea primera, las compañías que frecuentan. ¿Quién no ve que sería preciso arrancar, aunque fuese haciendo un esfuerzo supremo y exponiendo la vida, á un hijo cogido entre las garras del lobo que se cubriese con piel de oveja para despedazarlo y devorarlo? Y, mirando las cosas por su verdadero aspecto, y juzgando con criterio razonable y cristiano, ¿no es verdad que no hace menos daño al joven inexperto la compañía de una persona licenciosa que se le vende por amigo? Un amigo verdadero es un tesoro de inestimable precio, dice el Espíritu Santo<sup>1</sup>; un amigo virtuoso podría ser un auxiliar excelente de la educación, y lo fueron, en efecto, amigos como San Basilio y San Gregorio Nacianceno, y tantos otros que registran las historias eclesiásticas y profanas. Pero ¿son éstos los amigos que suele dar el mundo? ¿son éstos los que suele buscar y hallar la juventud? ¡Ah! bien lo sabéis; la amistad que se regula por las leyes mundanas,

<sup>1</sup> Eccli. 25, 12.

que son las que priman en la sociedad, no es sino ocasión de grandes ruinas, ruinas de la conciencia, del honor, de la fortuna y hasta de la fe. Oíd las sentencias dictadas por el Espíritu Santo: «El amigo de los necios se hará tan necio como ellos.»<sup>1</sup> «El hombre malo adula á su amigo para llevarlo por los caminos de la perdición.»<sup>2</sup> «La amistad de este mundo es enemiga de Dios, y el que quisiere ser amigo de este siglo, tendrá á Dios por enemigo.»<sup>3</sup> Duras parecen estas expresiones, pero son la verdad que nos advierte con cuánta discreción es preciso proceder en materia tan peligrosa como las amistades. Y si para todos lo son, hasta para los hombres maduros, ¿qué será para los jóvenes? ¿qué para los niños? ¿no son los malos amigos los que mutuamente se pervierten y corrompen? ¿Cuáles suelen ser sus conversaciones íntimas? ¿cuáles sus costumbres? Y ¿qué decir de la mayor parte de los círculos sociales que más viva atracción ejercen sobre la juventud ávida de nuevas y fuertes impresiones? ¿qué de los centros de diversión y de placer, qué de las reuniones que forma la ociosidad y domina la licencia? ¿Qué pensar, en fin, de los falsos amigos que sólo saben lisonjear el orgullo ó fomentar otras pasiones más viles? ¡Ay del joven incauto que llegue á caer en sus perversas redes! Jamás será sobrada la vigilancia de los padres sobre este delicado punto de las compañías de sus hijos, del cual depende el éxito ó la ruina de la educación. ¡Qué lástima ver destruído en pocos días, por obra de un falso amigo, el trabajo de muchos años, burladas las esperanzas, frustrados los desvelos y fatigas! ¡Qué lágrimas no cuesta al pobre agricultor la pérdida de su rica sementera talada en una noche por el diente del voraz acridio!

10. Más peligrosas aún que las relaciones con los amigos son las relaciones que suelen trabarse con los libros, buenos

<sup>1</sup> Prov. 13, 20.

<sup>2</sup> Ibid. 16, 29.

<sup>3</sup> Iacob. 4, 4.

ó malos amigos también, según las ideas y sentimientos que inspire su lectura. Aficionados á leer suelen ser los jóvenes, y aun los niños, y no sólo los que frecuentan las escuelas, sino los de cualquier clase y condición, como no sean analfabetos, y aun éstos procuran oír á los que leen. ¡Cuánta ventaja no pudiera sacar la educación de esta natural inclinación de los niños á la lectura! ¡Oh, si todos los padres de familia tuvieran el cuidado de poner buenos y amenos libros en manos de sus hijos! Mas ¿de qué serviría esto mismo si no alejasen de ellos con exquisita vigilancia los libros venenosos que por todas partes circulan, y los papeles ú hojas volantes que se introducen en las casas por las rendijas de las puertas? ¿Consentirán los buenos padres, por una falsa idea de libertad, más bien que por descuido, que lean sus hijos todo cuanto quieran, bueno ó malo, que se imbuya su espíritu de doctrinas erróneas, ya que no sean impías y antisociales, y se corrompa su corazón con infames pasiones atizadas por lecturas inmorales y obscenas? Increíble se hace este modo de pensar y obrar de los nativos obreros de la educación. No me detendré, carísimos hermanos, á exponer los peligros, que nadie puede desconocer, de semejantes lecturas inmorales ó impías, y aun de las que sin serlo descaradamente, y tal vez con apariencia de morales é instructivas, propinan el veneno del vicio en copas de oro, esto es, con la exquisita elegancia del lenguaje, la variedad de los argumentos, el interés de las escenas que pintan y todos los demás artificios de una literatura seductora. Tales son los libros que hacen el encanto de la juventud, y que, según la sensata opinión de un escritor antiguo, son historias que enseñan á pecar: *peccare docentes historiae*. Pero no puedo menos de llamar vuestra atención á otro género de obras más perjudiciales, porque, tratando de asuntos de doctrina religiosa y filosófica, con criterio racionalista y anticatólico, llegan á lo vivo de las creencias,

á lo más delicado del alma cristiana que es la fe, exponiendo á los lectores imprudentes al grave peligro de perderla. Oíd á un sabio obispo escribiendo sobre esta materia: «Tales lecturas no dejan otra cosa que un cúmulo de dudas y errores que debilitan la fuerza moral religiosa. . . . El error tiene un peso enorme que destruye y aniquila la razón. ¡Desgraciado el que voluntariamente se somete á su imperio! El lector inconsciente y temerario de semejantes escritos no es, como presume serlo, un espíritu independiente en sus juicios, es un esclavo encadenado al juicio caprichoso del escritor. No tiene el criterio suficientemente ilustrado para juzgar al autor y aceptarlo ó condenarlo. Léese por lo general sin detenimiento siquiera, nada se examina, ni se quiere buscar la fuente y origen de cosa alguna. En resumen, tales lectores no son más que páginas ambulantes de ínfimos y miserables escritores, cuyas ideas reflejan á medias.» ¿Pueden tales lecturas contribuir de modo alguno á perfeccionar la educación? ¿no son más bien elementos destructores? ¿qué luz, qué vigor pueden dar al espíritu, qué libertad al corazón?

II. Resumamos, carísimos hermanos, las ideas expuestas. La libertad, don precioso del Criador y sello de la dignidad del hombre, debe entrar como factor importante en la obra de la educación. La autoridad no está en pugna con la libertad ni la destruye. Al contrario, enseña al niño á valerse de ella para labrar su perfección moral, que consiste en dirigirse libremente al bien y, con esta condición, llegar á poseerlo. Es preciso, sin embargo, coartar prudentemente la libertad física del niño para poner á salvo su libertad moral, amenazada por la inexperiencia de la vida. La vigilancia paterna es luz que dirige los primeros pasos del hombre, apartándolo del precipicio, y freno saludable que contiene el ímpetu de su actividad, no moderada todavía por la razón, para que no se lance por sendas extraviadas. He ahí todo.

## SÉPTIMA CONFERENCIA.

## El sujeto de la educación.

I. Después de bien considerado, hermanos carísimos, el poderoso y casi decisivo influjo que en la educación ejercen los grandes resortes de que Dios ha dotado á la paternidad, al sacerdocio doméstico, la autoridad templada por la prudencia y el amor, ¿qué falta sino contemplar con delicia el cuadro risueño de una familia venturosa donde el fruto de la paciente y sabia labor, ya sazonado y maduro en las virtudes de la prole, forma el encanto y la felicidad de los dueños del hogar? ¡Qué espectáculo efectivamente más encantador que el de una familia cristiana bien organizada! No forman propiamente la belleza de ese cuadro la riqueza acumulada por el trabajo y las comodidades que la acompañan, todo lo cual podría á lo más servirle de lujoso marco, ni la brillante profusión de adornos exteriores, que no igualan en valor á los primores de virtudes domésticas que adornan aquella corona de almas escogidas. La hermosura de una casa modelo, de una casa labrada por la mano de la educación, resplandece en la armonía y el concierto de todas sus partes, en el aura de felicidad indefinible que allí se respira, independiente de la abundancia de bienes materiales, en aquel como reflejo de cielo de que allí se disfruta, mejor dijéramos, en la bendición de Dios que allí se siente, como premio merecido por una conducta basada sobre el temor del Señor, según la sentencia del Profeta: *Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum*<sup>1</sup>. Recordad una vez más la pintura sencilla pero viva que traza la divina Escritura de la felicidad de un hogar bien concertado por la educación. En torno de la mesa paterna

<sup>1</sup> Ps. 127, 4.